

EL JUEGO DE LOS MUERTOS

Eloy M. Cebrián



FANTASÍA Y TERROR

Los libros de El Problema de Yorick

EL JUEGO DE LOS MUERTOS

Eloy M. Cebrián

© Eloy M. Cebrían

Primera edición en ®Amazon Kindle, abril 2016
Primera edición en papel, abril 2016

Edita:
Asociación cultural
Los Amigos de Yorick
Cl. Zapateros, 36 - 02005 Albacete

Libro en papel disponible a través de la web:
www.eloymcebrian.com/yorick

Diseño de cubierta:
El Problema de Yorick

Depósito legal (edición en papel):
AB 126-2016

ISBN (edición en papel):
978-84-608-6594-0

La reproducción total o parcial de este libro sin autorización del autor viola derechos reservados. Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.

~ 1 ~

Era tan solo un juego. Un inocente juego infantil.

Se dice que los juegos son simulacros de la vida, y que a través de ellos los niños empiezan a comprender el mundo.

Pero el mundo es horror.

Silvia y Andrea jugaron una sola vez a aquel juego que ellas mismas habían inventado.

El juego de los muertos.

Bastó con una sola vez.

~ 2 ~

Último viernes de octubre. Un viernes sin colegio.

Este año la festividad de Todos los Santos cae en sábado, por lo que la fiesta escolar se ha adelantado un día. Los padres de Silvia y Andrea supieron anoche que el colegio de las niñas estaría cerrado, y con él el comedor donde las gemelas de nueve años permanecen hasta que sus padres salen del trabajo y pueden acudir a recogerlas. Deciden recurrir a los abuelos paternos, como tantas veces han hecho en el pasado. Juan, el padre de las niñas, descuelga el teléfono y mantiene una breve conversación con su madre.

—Aunque no me vuelve loco la idea —le confiesa más tarde a Raquel, su esposa, ya en la cama—. No veo muy bien a mi madre últimamente. Parece que todos sus años le hayan caído encima de repente.

—Pero no es tan mayor, ¿verdad? —pregunta Raquel.

—Va a cumplir setenta y cinco.

—Siempre ha sido una mujer muy activa y vital. Ya me gustaría a mí...

—Es verdad —la interrumpe Juan—. Pero de un tiempo a esta parte... No sé... Parece como si la vida le estuviera empezando a pesar demasiado.

—¿Está enferma? ¿Te ha dicho ella algo?

Juan cierra el libro que desde un hace un rato descansa abierto sobre el edredón y lo deja en la mesilla de noche. Después apaga su luz de lectura.

—No, nada. Según ella sigue como una rosa. Es más bien una impresión, una intuición mía.

—A lo mejor es el resultado de haber estado aguantando a tu padre durante tantos años —se burla Raquel.

Juan deja oír una risa desganada que se confunde con un bostezo.

—No seas así. Mi padre no es tan malo.

—No digo que sea mala persona. Pero sí un poco hurraño. Siempre encerrado en su despacho. Y creo que jamás

le he oído pronunciar más de dos palabras seguidas cuando viene a comer o vamos nosotros a comer con ellos.

—Nunca ha sido muy afectuoso —reconoce Juan—. Pero tampoco lo considero un hombre amargado. Yo lo catalogaría como un solitario vocacional.

Raquel no podría estar más de acuerdo con la última afirmación de su marido. De hecho, le surge un pensamiento que no tiene tiempo de reprimir:

—Un hombre así no debería haber formado una familia.

—¿Ah, sí? —replica Juan vagamente molesto—. Entonces yo nunca habría venido al mundo. ¿Eso te habría gustado?

Su mujer lo consuela con un beso.

—No seas bobo. Era solo una reflexión en voz alta. Pero a veces tu padre me da un poco de miedo. Siempre parece estar en otro sitio, incluso cuando lo tienes sentado delante. Es como si la gente no le gustara, ni siquiera la gente de su propia familia. Como si nos tolerara a duras penas. Es como si...

—Vamos, acaba la frase —dice Juan frunciendo el ceño.

Raquel continúa pronunciando lentamente. Parece estar midiendo el alcance de cada palabra y el efecto que estas van a hacer en su esposo.

—Como si no estuviera vivo del todo.

—¡Mujer! —replica Juan con un bufido—. ¡Tampoco es eso! Es verdad que nunca estuvo demasiado pendiente de mí. Pero siempre conté con el cariño de mi madre para compensarlo. Y sabes que con las niñas es distinto.

Es verdad. En presencia de sus nietas Silvia y Andrea, el padre de Juan se comporta casi como un abuelo normal. ¿Acaso son las niñas las únicas capaces de extraer los últimos vestigios de humanidad que quedan en el anciano?

—Entonces, ¿podemos acercarnos a las niñas a primera hora? ¿Estás seguro de que no hay problema?

Juan comprende que su esposa quiere dejar zanjada la cuestión.

—Ninguno. —Juan sacude la cabeza—. Bueno, mi madre me ha dicho que a lo mejor tiene que salir un rato durante la mañana, pero mi padre se quedará en casa. Ya sabes que casi nunca va a ningún sitio. Él se ocupará.

Su esposa extiende el brazo hacia la mesilla para apagar su lámpara. Pero antes de que se haga la oscuridad, Juan la ve hacer una mueca de disgusto.

—No sé si eso me tranquiliza mucho —dice ella mientras abraza la almohada, como siempre hace cuando está lista para quedarse dormida—. Pero es lo que hay. Hasta mañana, cariño.

«Vaya, esta noche no hay beso de buenas noches», piensa Juan mientras la oye emitir unos suaves ronquidos.

Su madre le preocupa. Sabe que algo no anda bien en su salud y que desde hace un tiempo le oculta información. Incluso ha intentado sonsacar a una de sus amigas, aunque sin éxito. Su madre siempre supo guardar secretos. En cuanto a su padre, ni siquiera merece la pena intentarlo. Su aislamiento es como una sólida muralla de piedra que el hombre ha construido a su alrededor a lo largo de toda una vida. Si la madre de Juan está enferma, como él sospecha, puede que su padre ni siquiera haya reparado en ello. Juan recuerda que su abuela sufría del corazón. De hecho, él no la llegó a conocer, pues murió cuando su madre era joven, antes de casarse. «Pero yo no estoy preparado para ser huérfano», piensa al tiempo que comprende que está a punto de quedarse dormido. Al igual que cada noche, sus últimos retazos de conciencia son para pasar revista al universo sonoro de la casa: el rumor lejano de la televisión de un vecino, la breve tos de una de las niñas (seguramente Silvia, que lleva unos días algo acatarrada), el rumor del camión de la basura en una calle aledaña... Entonces cae profundamente dormido.

Por eso Juan no llega a oír el sonido que durante unos segundos brota de la habitación de sus hijas, un rumor entrecortado y gutural que tal vez sea únicamente producto de las flemas en la garganta de una de las niñas.

Tal vez.

~ 3 ~

Son las ocho de la mañana cuando las gemelas bajan del coche ante el portal de sus abuelos. La madre de Juan está en la puerta vestida con abrigo y ropa de calle.

—Vaya, mamá —le dice Juan—. ¿Tan pronto te vas? Pensaba que antes tendrías tiempo para pasar un rato con las niñas.

—Lo siento —se disculpa la mujer mientras trata de corresponder a los abrazos combinados de ambas nietas—. Procuraré volver lo antes posible. Seguro que estaré de vuelta para hacerles el bocadillo de mediodía. Tu padre las espera arriba. Estarán bien. ¿Verdad que lo pasáis muy bien con el abuelito?

Las niñas se miran sin saber qué contestar, hasta que Silvia, quien de las dos es la que siempre ha llevado la voz cantante, comienza a asentir sacudiendo la cabeza de arriba abajo, gesto que su hermana Andrea imita de inmediato.

—¿Lo ves? —dice la mujer—. Venga, no te preocupes y márchate ya. Vas a llegar tarde al trabajo.

Juan estudia el semblante de su madre. Conoce las expresiones de su progenitora casi tan bien como las suyas propias. Por ello no le pasa por alto el cansancio que se oculta tras la sonrisa de la mujer, una sonrisa que le parece fingida, apenas un remedo de lo que suele ser.

—Mamá, ¿de verdad te encuentras bien?

—¡Al coche! —ordena ella con el mismo tono que, treinta años atrás, hubiera empleado para meter prisa a su hijo en una mañana de colegio—. Voy a acompañar a las niñas arriba y me marcho enseguida para volver lo antes posible.

Por el espejo retrovisor Juan observa cómo sus hijas le dicen adiós con la mano. Las niñas flanquean a su abuela, quien las sujeta por el hombro con gesto protector. «Las tres mujeres de mi vida», piensa Juan. Y al instante se arrepiente al comprender lo injusto que ha sido ese pensamiento para Raquel, su esposa.

* * *

—¡Halloween! ¡Abuelito! ¡Es Halloween!

El anciano alza la vista del libro que está leyendo y les dedica a sus nietas una mirada indulgente.

—Yo es que esas cosas modernas... Lo mío es el Día de Todos los Santos.

—¿Y qué tienen que ver los santos con el terror, abuelo? —pregunta Andrea frunciendo el ceño.

—Bueno, lo de Todos los Santos es una forma de llamarlo. En realidad es el Día de Difuntos. La fecha en que visitábamos los cementerios para llevar flores y rezarles a los muertos.

Una sombra cruza fugazmente el semblante del hombre, aunque sus nietas no parecen advertirlo.

—¿Y no os disfrazabais?

—No... bueno... nos poníamos ropa de domingo, que es un poco como disfrazarse. Mañana iremos vuestra abuela y yo al cementerio. ¿Queréis acompañarnos?

Las niñas no disimulan lo poco que les seduce la invitación.

—¡No! ¡Qué aburrido! Nosotras tuvimos ayer una fiesta de Halloween en el cole. Yo me disfracé de zombi y Andrea de vampiro. ¿No te ha enseñado papá las fotos?

—Pero si aún no ha tenido tiempo. Seguro que nos las enseña esta tarde, cuando venga a recogeros. Por cierto, ¿os habéis traído libros, tebeos o algo para jugar?

Las niñas se miran y se encogen de hombros, ambas a la vez, como una sola niña reflejada en un espejo. Por regla general, cuando sus padres las mandan a pasar el día con sus abuelos, les entregan una mochila con algún juego y un par de libros. Pero hoy se les ha olvidado.

—Creo que vuestra abuela guarda algunos juguetes vuestros por ahí. Si queréis puedo buscarlos.

Ahora el hombre parece algo impaciente, incluso turbado, como si este fugaz contacto con el universo infantil de sus nietas le supusiera un esfuerzo mucho mayor que a cualquier otro abuelo en circunstancias parecidas.

—¡Pero son juguetes de niñas pequeñas! —protesta Silvia, obteniendo al instante la adhesión de su hermana—. ¡Nosotras queremos jugar a Halloween! ¡A «truco o trato»! ¿Verdad que sí, Andrea?

A lo cual su hermana asiente con tal energía que su cabeza parece impulsada por un resorte.

El hombre vacila y por fin esboza una sonrisa.

—Me parece que vuestra abuela no tiene ninguna calabaza en la despensa. Pero creo que lo de los disfraces lo podemos arreglar. Venid las dos conmigo.

Ambas hermanas salen del despacho tras el anciano y se internan con él en la casa. Desde muy niñas, la casa de sus abuelos les produce una oscura fascinación muy cercana al miedo. La vivienda ocupa toda la segunda planta de un edificio de la zona centro de la población, en un barrio que antaño fue elegante pero que no ha sabido envejecer con dignidad. La construcción data de los años veinte, época en que el espacio no se consideraba un lujo superfluo, sino un atributo natural de cualquier vivienda que mereciese ese nombre. Comparado con esta casa interminable y sombría, el piso de sus padres les parece a las niñas una casita de muñecas. La espina dorsal de la vivienda está forma-

da por el pasillo que ahora recorren, tan largo y lóbrego que podría servir de túnel para una red metropolitana. En tal caso las estaciones serían las estancias que se suceden a ambos lados, algunas todavía en uso (la alcoba de sus abuelos, el cuarto de la plancha y la costura, el dormitorio más acogedor que antaño fue de su padre, y donde ahora están las camas gemelas que ellas ocupan), y otras que han ingresado para siempre en el limbo de las habitaciones deshabitadas. Un recodo oculta el ala de servicio, la parte menos noble, la que las niñas prefieren con diferencia. En esta zona recóndita de la vivienda están la soleada cocina y el lavadero, la hermosa terraza donde su abuela mima sus geranios y sus hortensias, y la antigua habitación de la criada, que desde hace muchos años se usa como trastero. Allí, donde muere la casa, es adonde su abuelo las conduce para sorpresa de las niñas.

—¿Nos llevas al cuarto de las brujas? —pregunta Silvia.

Así era como la abuela rebautizó aquel trastero en un intento de disuadir a las gemelas de entrar allí para enredar.

—Bueno... es Halloween, ¿no? —responde el anciano esforzándose por pronunciar correctamente ese nombre que tan poco familiar le resulta.

Emocionadas, Silvia y Andrea contemplan este universo de trastos antiguos y muebles en desuso que hasta el día de hoy les ha estado vedado. Una luz otoñal penetra por la ventana y vuelve visibles las partículas de polvo, que se agitan en el aire como bacterias observadas al microscopio.

—Bueno, a ver qué tenemos aquí.

Tras apartar una vetusta bicicleta y unas cestas de mimbre, el abuelo abre un baúl que parece agazapado en el rincón más remoto del «cuarto de las brujas». Cuando se asoman a su interior, una emanación de polvo y naftalina envuelve a las niñas como un aliento antiguo.

La exclamación de gozo de las gemelas le muestra al hombre que puede volver sin remordimiento a su despacho y a su novela interrumpida.

~ 4 ~

El baúl está lleno de ropa femenina antigua. Hay viejos vestidos que quizás pertenecieron a la abuela en su juventud. Otros atuendos son tan vetustos que parecen el guardarropa de un drama de época, y por fuerza tuvieron que formar parte del ajuar de algún antepasado más remoto, tal vez una bisabuela o algún otro pariente perdido en las nieblas del tiempo. La mayoría de los vestidos son grandes, pesados y aparatosos, pero hay también ropa algo más ligera que en sus días debió de considerarse «de verano». Rebuscando más profundamente, las niñas encuentran combinaciones y enaguas que el tiempo ha vuelto amarillentas y quebradizas, y que de inmediato emplean para caracterizarse como fantasmas.

—¡Auuuúhhhh! —grita Silvia mientras persigue a Andrea por el pasillo, juego que provoca la aparición de su abuelo y una amonestación tan breve como falta de vehemencia. Las niñas prometen que se ceñirán a entretenimientos más tranquilos.

El rato siguiente lo emplean en ataviarse con algunas de las ropas más estrafalarias que encuentran en el baúl. Andrea elige un vestido de terciopelo rojo con mangas de encaje, cuya falda arrastra por el suelo como la cola de un vestido de novia, aunque es tan pesado que apenas le permite moverse. Silvia se viste de negro riguroso y se cubre la cabeza con un chal del mismo color. Caracterizadas de ese

modo prueban a representar varias situaciones inspiradas en dibujos animados y en series de televisión. Luego se entregan a la diversión más simple y gozosa de perseguirse y hacer carreras por el pasillo. En cierto momento oyen un bufido que solo puede proceder del despacho de su abuelo, pero como el hombre ni tan siquiera asoma la nariz, las niñas se encogen de hombros y siguen con lo suyo.

Al cabo de un rato ambas se sienten acaloradas y aburridas. Andrea se queja de que comienza a tener hambre, pero el abuelo se ha encerrado en su despacho y prefieren no molestarlo.

¿Por qué tarda tanto en volver su abuela?

* * *

—¿Qué es esto que hay aquí debajo?

En su intento de agotar las diversiones del baúl, las niñas acaban de alcanzar el fondo del armatoste, aunque para conseguirlo han corrido el riesgo de caer dentro de él. Allí, debajo de las muchas capas de prendas apolilladas, encuentran un paquete pulcramente envuelto en papel marrón.

—Me parece que es una caja —dice Andrea—. ¿Lo abrimos?

Pero su hermana no ha esperado a oír la propuesta y ya estaba tirando del cordel que asegura el paquete. Sus esfuerzos se revelan infructuosos al cabo de varios intentos.

—Espera —dice la niña.

Y sale para volver al cabo de unos instantes con unas enormes tijeras de cocina, lo que sin duda habría provocado el horror de su abuela de haber estado allí para verlo.

* * *

—¿Es un libro? ¡Pues vaya!

—No, es un álbum. Un álbum de fotos.